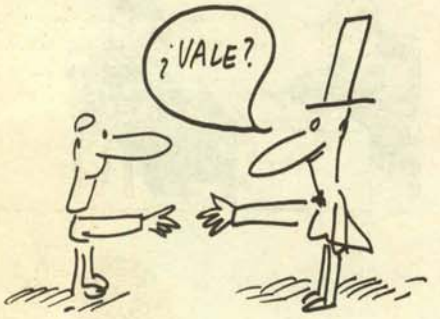
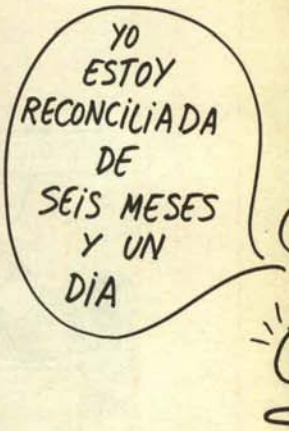
LA RECONCILIA



TRADICION RECONCILIAD

El momento cumbre de la reconciliación será el día 7, a las seis y cuarto de la tarde

TODO el mundo sabe lo que pasó el uno de abril y todo el mundo sabe lo que pasó el catorce de abril. Así, pues, la reconciliación estará en la mitad, o sea, en el siete y medio de abril. El siete y medio de abril es el siete de abril por la tarde. Pongamos a las seis y cuarto. Será el momento cumbre de la reconciliación, de la que tanto se habla. O nos reconciliamos, bien sea por las buenas o por las malas, o habremos perdido otra oportunidad. No será difícil. Los españoles tenemos una gran tradición reconciliadora. Empezamos en Covadonga. Allí nos reconciliamos con los árabes, y aquella reconciliación duró ocho siglos. En Lepanto nos reconciliamos con los turcos. Con quienes más nos hemos reconciliado ha sido con los franceses. En San Quintín, por ejemplo. Para celebrarlo adecuadamente construimos el sepulcro de El Escorial. (Un poco juerguistas sí que somos.) Luego en Bailén. En el siglo nefasto nos reconciliábamos un día sí y otro lo mismo, tanto a escala individual como colectiva. A escala individual nos reconciliamos con Prim, con D por no dar toda la lista. A escala cole ríamos un ejemplo más aleniador que e isabelinos. ¡Aquello sí que fue una gente adoptaba nombres pastoriles y f del Maestrazgo, sin ir más lejos. Los ge la madre mutuamente, aparte de otras me viene a las mientes, porque soy un mático, cuando el general Pavía entró a tes. ¡Qué manera de reconciliarse los p el caballo! Saltaron todos a una por las cuando Prieto vio acercarse a Ortega, «La rebelión de las masas», y dijo lo de encefálica!». En fin, éste es un pueblo guno para la reconciliación. Ahora dice que reconciliar una vez más. Yo estoy CANTROPO.



FINAL DE ESPERPENTO

VIVIMOS la fase esperpéntica de la totalidad fundamental. La Corte de los milagros (económicos, sociales, políticos) se resquebraja y se desmenuza, y por todas partes aparecen dando traspiés las figuras de la mojiganga, del tablado esperpenticio. Figuras cachondas y grotescas, que les tiembla el papo, sin ese punto de grandeza que suele otorgar el clima de postrimerías. Todos corren como cucarachas inmaturas a buscar un sitio lucido en la apoteosis final. Los viejos textos ya no dan más de sí. Fueron exprimidos cruelmente hasta la última gota, hasta el último silogismo. Han sido desarrollados, interpretados, inferidos, diferidos, analizados, adaptados, potenciados, racionalizados y cuestionados más allá de toda posibilidad sensata. Ya no se puede tirar más de la teta. Entonces la lechigada se disocia para recobrar la estructura que le es propia: la estructura de las dos Españas. Ya ni se hace caso al Tribunal Supremo, que, según el señor Villar Arregui, «tras un singular considerando con argumentos aristotélicos y tomistas, llegó a la conclusión de que cierto escritor vulneró el respeto debido a la verdad, porque aludía a «dos Españas»... siendo manifiesto que en la realidad no hay más que una. Y cuando ya ni se hace caso a estos raciocinios, ¿en qué asentar nuestra naturaleza eterna? ¿En la historia fluyente? Al grito de vivan las «caenas», primera y segunda, me siento ante el televisor a ver el ciclo de la comedia americana, o el de la tragedia irlandesa, o el del drama portugués, o el de la farsa argentina, porque es el único sitio, ante el televi-

sor, dond un avestr España. A ecos de l nas, las testinos, comer, ha co, y el q no come, sas en 19 lítico de otro nomb ña, y el que es e sados ret «Fuerza N tasma, o de Orens can, cruj el dramáti nal.